

**VEKA DUNCAN**  
WILLIAM BLAKE, VISIONARIO

**ROGELIO GARZA**  
GUSTOS MATONES

**LUIGI AMARA**  
LAS CHUCHERÍAS, EL ENCANTO

NÚM. 399 SÁBADO 29.04.23

# El Cultural

[ Suplemento de **La Razón** ]

## NARRADORAS EN ACCIÓN

**PEQUEÑO HOMENAJE  
A INÉS ARREDONDO**  
JULIETA GARCÍA GONZÁLEZ

**DOMINIO:  
UN ADELANTO**  
CLAUDINA DOMINGO

**ETHEL KRAUZE:  
DEL CUENTO A LA NOVELA**  
ROBERTO ABAD

**SOMOZA, SEGÚN  
LIGIA URROZ**  
CARLOS VELÁZQUEZ

Arte digital ▶ A partir de una foto de wirestock / freepik.com ▶ Staff ▶ **La Razón**

"Me quedé desnuda sobre la cama, mirando por la ventana un punto fijo del cielo... La única realidad era que mi cuerpo pesaba de una manera terrible... Era una trampa dulce aquella extraña gravedad", señala la protagonista de "Estío", antes del giro final de la historia, sorprendente y sugerentísimo. En ese relato que abre el libro *La señal* (1965), con el que Inés Arredondo se dio a conocer, ya es toda ella potencia, secreto, transgresión. A 95 años de su nacimiento, Julieta García traza la evolución tanto de la mujer como de la escritora que abordó el mundo interior de sus personajes, casi siempre femeninos y en plenitud.



# PEQUEÑO HOMENAJE A INÉS ARREDONDO

JULIETA GARCÍA GONZÁLEZ

@julietaga

Inés Arredondo está envuelta en vendas, con los pies desnudos. Camina por los pasillos a media noche y pide asistencia: para quitarse las vendas, para cumplir con todos los pendientes que tiene, para escribir un poco más. Se acerca a su expareja y lo toma de los hombros, lo sacude, le solicita ayuda para volver al sitio que ambos conocen. Lo abraza, intenta besarla hasta que —asustado y con culpa por no querer besarla— se sacude con fuerzas. Entonces él, Huberto Batis, se despierta.

HACE MUCHOS AÑOS, a la salida de clase en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, Batis nos contó ese sueño a los alumnos reunidos a su alrededor. Las vendas, dijo, eran porque ella tenía quemada la piel, como Clarice Lispector. Una década después, volvió a contarme por teléfono el sueño, como si narrara una anécdota que había sucedido en la vida real. Más tarde lo repitió en otro entorno y añadió su respuesta a la soñada: "No puedo quitarte las vendas, estás muerta". Huberto, editor y profesor de literatura, fue pareja de Inés una temporada. También fue su colega, su *adorador* y una de las personas que puso el nombre de Arredondo en la boca de muchos estudiantes.

Para que Batis soñara con ella y tanto el sueño como su figura fueran tema de conversación en la Facultad de Filosofía y Letras tuvo que correr mucha agua. Una mujer nació escritora y, por distintas circunstancias, tardó muchos años en construir una obra que quisiera y pudiera mostrar. Dejó un puñado de textos que han sido una especie de secreto a voces, que rehúyen las reediciones.

INÉS AMALIA CAMELO ARREDONDO nació en Culiacán, Sinaloa, el 20 de marzo de 1928 y murió el 2 de noviembre de 1989, de un infarto. La suya fue una muerte repentina y parece casi benévola para aquella autora que tuvo una salud rota. La relevancia de sus padecimientos se relaciona con lo que escribió: sus narraciones y los esfuerzos que hizo para crear, publicar.

En 1961, un grupo de autores en ciernes se sumó al Centro Mexicano de Escritores (CME). Eran Vicente Leñero, Guadalupe Dueñas, Miguel Sabido, Jaime Augusto Shelley e Inés Arredondo. Los tutores de esa generación eran Juan Rulfo y Juan José Arreola, que se presentaron entusiastas al coctel de bienvenida antes de regresar a sus vidas, sin trabajar con sus becarios. Quien se quedó a cargo de ello fue Felipe García Beraza.

Foto > imer.mx

DIRECTORIO

**El Cultural**  
[Suplemento de **La Razón**]

Twitter:  
@ElCulturalRazon

**Roberto Diego Ortega**

Director

@sanquintin\_plus

**Julia Santibáñez**

Editora

@JSantibanez00

Facebook:  
@ElCulturalLaRazon

CONSEJO EDITORIAL

Carmen Boullosa • Ana Clavel • Guillermo Fadanelli • Francisco Hinojosa • Fernando Iwasaki  
Delia Juárez G. • Mónica Lavín • Eduardo Antonio Parra • Alberto Ruy Sánchez • Carlos Velázquez

Director General Editorial > Adrian Castillo Coordinador de diseño > Carlos Mora Diseño > Andrea Lanuza

Contáctenos: Conmutador: 52606001. Publicidad: 52500078. Suscripciones: 52500109. Para llamadas del interior: 018008366868. Diario La Razón de México. Nueva época, Año de publicación 12

El Centro fue un espacio fundado para alimentar la creatividad y la productividad de los autores mexicanos. Nació en 1951 (como Mexican Writing Center) bajo el auspicio y la tutoría de la escritora californiana Margaret Shedd. Para cuando Arredondo y sus colegas llegaron al CME, Felipe ya era un experimentado tutor. Llevaba más de una década trabajando con creadores y dedicó el resto de su vida a hacerlo como un gestor que sabía rodearse de personas excepcionales y sacar de ellos casi siempre trabajos también excepcionales. Fue gracias a él que aprendieron a criticarse, a mirarse con los ojos del otro y a perder el miedo a escribir. Las reuniones eran semanales, usualmente los miércoles. Duraban al menos dos horas, pero podían extenderse. El tutor (o los tutores, más adelante) dirigía las críticas, afinando la percepción de quien escribía y de quien comentaba. Miguel Sabido describió —en un homenaje a Inés Arredondo publicado en el suplemento *Confabulario*, de *El Universal*— sus intercambios con la escritora al respecto. Ella era una norteña tímida, envuelta en una situación personal desesperante, con muy poca confianza en sí misma. A la vez, se rehusaba a ser dócil. En la versión de Sabido, Arredondo es la única que falta por leer en las tardes del Centro. Caminan por la calle y ella, a sabiendas de que tiene que enfrentarse a sus compañeros tras la lectura de uno de sus textos, confronta a su amigo:

“¿Qué no me oyes?”, preguntó casi con violencia. “¿Qué no oyes esta amanerada manera de hablar culishi que tengo? Mushoo gusto dijo la mushasha”. Yo me empecé a reír a carcajadas. “¿Y qué tiene? Eres de Culiacán”. “Que soy muy soberbia. Eso es lo que tiene y ustedes son como una jauría rabiosa y me van a hacer pedazos”. Yo seguía riéndome. “¿Y qué? Yo ya leí y todos me hicieron pedazos como jauría”. “Pero tú eres muy joven y quieres escribir obras de teatro y no escribes cuentos. Y hablas como shilango... ay”, gritó. “¿Ves? Shilango. Voy a renunciar a la beca. Pero ahora ya no puedo ser mantenida de Tomás, mi marido”. Al siguiente miércoles Felipe insistió gentil pero firme: “Tienes que leer”. Inés asintió sin decir nada. Al volver a cruzar Reforma dijo sombría: “Ya hice cuentas y no puedo renunciar a la beca”. Yo me tragué una carcajada. Me vio con ojos sombríos. “Si te ríes te mato”. No me reí.

Inés llegaba siempre puntual a cada reunión y se sumergía en la angustia



Inés Arredondo (1928-1989).

cuando le tocaba narrar. Para sus compañeros, la experiencia era una muy distinta a la que ella vivía. Miguel Sabido lo pone así, en “Vida y muerte de Inés Arredondo”:

Finalmente, el siguiente miércoles Felipe le preguntó muy amable si había traído su material. Ella asintió. “Es un cuento. Se llama ‘La señal’”. Empezó a leer despacio. “El sol denso, inmóvil, imponía su presencia; la realidad estaba paralizada bajo su crueldad sin tregua”. Felipe, Vicente y Pita [Dueñas] alzaron los ojos. Ella siguió muy nerviosa. Su voz era clara y contundente. Llegó al final: “Cuando salió de la iglesia el sol se había puesto ya. Nunca recordó cabalmente lo que había pasado y sufrido en ese tiempo. Solamente sabía que tenía que aceptar que un hombre le había besado los pies y que eso lo cambiaba todo, que era, para siempre, lo más importante y lo más entrañable de su vida, pero nunca sabría, en ningún sentido, lo que significaba”. Terminó y no separó los ojos de la página. Pita dijo conmovida: “Es precioso... no, no es cierto... no es precioso... es... Ay, Inés...”. Vicente dijo clara y contundentemente: “No nos hagamos penchos. Es una obra maestra”.

Unos años después, en 1965, la guerra de Vietnam cumplía diez años de tragedia, Winston Churchill moría, el Che Guevara renunciaba a sus funciones en Cuba y México atestiguaba la

represión de los médicos en paro, a manos de Díaz Ordaz. El mundo llegaba a una década de cambios que tiene repercusiones hasta nuestros días. Los jóvenes entraban de lleno a la escena mundial, como pocas veces antes. Ese mismo año, Inés Arredondo publicó su primer libro, *La señal*, después de trabajarlo con sus compañeros de la beca. Tenía por entonces 37 años. Lo publicó en Ediciones Era, la editorial que Vicente Rojo, los hermanos Espresate y José Azorín, todos de origen español, fundaron en 1960 para incluir voces nuevas que refrescaran la narrativa mexicana. El libro de Arredondo hizo precisamente eso.

“LA SEÑAL” ES MISTERIOSO y complejo en su sencillez. Es breve y trata de algo insólito: una expiación, la santidad, la empatía. O tal vez no trate de eso, sino de algo que es inapresable y que roza lo místico. El libro que lleva el nombre del cuento, lleno de enigmas, causó revuelo en la tierra natal de Arredondo.

Los orígenes de quien escribe siempre me han parecido tan necesarios como disputables. Hay que definir qué tanto o qué tan poco resultó influyente un entorno, un lugar, una familia. El Culiacán que vio nacer a Arredondo no respiró hasta terminada la Revolución. Álvaro Obregón tomó la ciudad en 1913 y ahí todo se puso de cabeza: varias de las fábricas textiles que eran emblemáticas de la zona fueron vandalizadas, alguna se quemó sin que quedara de ella nada. Las aspiraciones industriales de Sinaloa se desvanecieron. En su lugar surgió un estado agrícola. Es ahí donde la niña Inés nace y crece, como la mayor de nueve hermanos.

Vive los primeros años en la casa familiar, una casa solariega ubicada en una esquina, por lo que se conocía como “portales de Culiacán”. Según se dice, la familia Arredondo, de abolengo, perdió su estatus. Así que la niña Inés se fue a vivir a la finca azucarera Eldorado, no muy lejos de la ciudad, donde todo era más silvestre y, de alguna manera, mágico. Además de caña, se habían plantado árboles que daban “frutos de todo el mundo porque tenían plantas de Filipinas, de China, de Japón, no se diga de América”, cuenta Huberto Batis. En esa finca fue feliz por el entorno y porque estableció un vínculo intenso con su abuelo Arredondo, que la protegía y apoyaba. Dice de su abuelo y de ese periodo:

Eldorado fue creado, construido, árbol por árbol y sombra tras sombra. Dos hombres locos, padre e hijo, en dos generaciones, inventaron un paisaje, un pueblo y una manera de vivir. Mi abuelo fue cómplice de los dos, y trazó y sembró con sus manos las huertas que yo creí que habían estado allí siempre. Él ayudó con toda su vida a lograr la realidad inventada que yo viví. Y que fue hecha para eso, para vivirla y no para hacer literatura, lo sé.

Pensemos en ese Culiacán que busca reinventarse de industrial a agrícola;

“LA SEÑAL’ ES MISTERIOSO Y COMPLEJO  
EN SU SENCILLEZ. ES BREVE  
Y TRATA DE ALGO INSÓLITO: UNA EXPIACIÓN,  
LA SANTIDAD, LA EMPATÍA... O TAL VEZ  
DE ALGO QUE ES INAPRESABLE Y ROZA LO MÍSTICO”.

“LA BIOGRAFÍA DE UNA ESCRITORA ESTÁ EN DOS PARTES: EN LA VIDA QUE LLEVÓ (AMORES, HIJOS, PADECIMIENTOS, CARRERA PROFESIONAL) Y EN LA VIDA QUE ESCRIBIÓ. LA DE LOS LIBROS ES UNA BIOGRAFÍA PARALELA”.

pensemos en una familia que perdió lo que tuvo y en una niña de curiosidad voraz, consentida y cuidada por un abuelo intrépido. En Sinaloa había tan pocos autos, que los semáforos no fueron comunes hasta mediados de los años cincuenta; las calles no estaban pavimentadas, los habitantes eran pocos y las familias que habían sido ricas sentían nostalgia por un pasado que no volvería. Eran pueblos pequeños, de cotilleo y de guardar los modos, los secretos. Parece insólito que una mujer haya decidido irse de ahí a buscar otra forma de vida. Fue el abuelo que plantaba árboles quien la impulsó a irse, en lugar de permanecer ahí para conseguir marido. Así se fue a Guadalajara, Jalisco, a estudiar la preparatoria y a sacudirse la escuela de monjas culichi. El tránsito no para ahí. Cambia de ciudad, de vida y de nombre. Se sacude el “Camelo” paterno y abraza el “Arredondo” de su abuelo y su madre.

A los 19 años da un paso más fuera de la vida sinaloense y del entorno familiar. Se inscribe a la carrera de Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, que aún no estaba en la Ciudad Universitaria, sino en el edificio de Mascarones en la Ribera de San Cosme, es decir, en una zona agitada. Según se ha consignado en distintas biografías de la autora, los estudios filosóficos removieron algo oscuro en ella. Se dice que las lecturas que hizo de los existencialistas la descolocaron tanto que quiso suicidarse. Es el primer indicio de un desequilibrio que tomaría forma de manera asombrosa en sus cuentos. Ya a los 20, en 1948, viene un cambio más; no sólo deja la carrera de Filosofía por la de Letras Hispánicas, sino que conoce a quien sería su marido y padre de sus hijos, Tomás Segovia, poeta español vecindado en México. La figura de Segovia se convertiría más adelante, para la escritora, en algo así como una condena, un suplicio al que se mantuvo atada mucho tiempo.

Se puede pensar en “La señal” después de revisar este tránsito. Es imposible explicar el argumento, porque se trata de un cuento para ser leído. La experiencia de hacerlo concita otra vivencia, una a la vez humana y trascendental. En él puede leerse el recogimiento religioso aprendido de la

formación católica, el silencio de una ciudad pequeña de la provincia del siglo XX y el choque formativo de estudiar en un ajetreado corazón urbano.

LA BIOGRAFÍA DE UNA ESCRITORA está en dos partes: en la vida que llevó (sus amores o desamores, los hijos que tuvo, sus padecimientos, su carrera profesional) y en la vida que escribió. La de los libros es una biografía paralela, en la que se vierten las vivencias de la imaginación, construidas con palabras.

Guadalupe Dueñas (Guadalajara, Jalisco, 1910), Amparo Dávila (Pinos Altos, Zacatecas, 1928) e Inés Arredondo se hermanan en una narrativa que se centra en alteraciones dentro del espacio doméstico. Suelen estudiarse juntas, como autoras coincidentes. Publicaron y tuvieron presencia en la vida cultural y periodística más o menos al mismo tiempo y encontraron su espacio creativo también en años similares (aunque Dueñas es mayor y publicó antes, se mantuvo cercana a las otras dos autoras). En las tres, tanto las casas como los objetos que las pueblan se transforman en algo sospechoso; la familia y los seres más cercanos dejan de ser confiables. El horror habita lo conocido, lo cotidiano y lo querido. Las autoras se separan en un punto: Arredondo elige con menos frecuencia el mundo fantástico que sus colegas (Dueñas fue también su amiga). Lo destemplado que habita sus textos surge de la realidad concreta y palpable, no de algo que no puede explicarse. A pesar de ser pocas, sus incursiones en los mundos fantásticos son importantes. Uno de sus cuentos más conocidos y notables, “La sunamita”, toma la verdad como punto de partida para desprenderse poco a poco de lo real.

En él, una chica, Luisa, recibe un telegrama. La llaman al lado de su tío moribundo, un hombre muy mayor y acomodado. Luisa lo recuerda con cariño, lamenta que esté mal y acude a verlo. Quien lee el cuento va conociendo la historia a la par que la protagonista. Luisa y los lectores avanzamos con tanteos y reparos por lo que viene. La enfermedad y su agudeza, las memorias compartidas entre tío anciano y joven sobrina, parecen cada vez más fuera de lugar, empiezan

a volverse incómodas y excesivas, lo mismo que el contacto físico. Acudimos con espanto a la sumisión de la chica, que acepta cada vez más confundida los avances de algo que parece imposible. La culminación del cuento tendría tintes puramente sobrenaturales si no fuera porque en México mujeres muy jóvenes son obligadas a casarse con hombres mayores. Las chicas son abusadas sexualmente por personas mucho más grandes, con más poder, con riqueza. Luisa es una de estas mujeres.

La Biblia —ese gran compendio de lo fantástico— tiene la primera versión de la sunamita. Una mujer del pueblo de Sunem está casada “con un anciano” y, por esta diferencia de edades, no puede tener hijos. Eliseo, el profeta, se aparece un día en su puerta, cansado. Ella le ofrece comida, bebida, descanso. Cuando él se entera de que la sunamita no puede concebir, le asegura que al cabo de un año tendrá un hijo. La historia tiene varias versiones y aristas pero, en uno de esos trucos bíblicos, ese niño nace. El profeta la hace concebir. No hay forma de saber cuáles son los verdaderos deseos y aspiraciones de la sunamita, sólo tiene valor el milagro. El anciano del texto de Arredondo carece de rasgos divinos por más que le administren los santos óleos; el milagro final es una tragedia y no una gloria.

*La sunamita y otros cuentos* fue publicado de forma independiente en 1983, aunque el cuento que lo nombra había aparecido antes. Para entonces, Arredondo había publicado tres libros de cuentos notables y era una voz conocida en el medio literario mexicano.

EL SILENCIO ES UNA LÍNEA que atraviesa una buena parte de la obra de Arredondo. La ausencia de palabras de los personajes refleja el desbordamiento de las emociones. El miedo y el secreto convergen en los espacios sin sonido. En ambos se contiene la respiración, se guardan para otro momento las cosas que pudieran decirse. Hay riesgo en hablar; hacerlo implica abrir las puertas para que se rompa el misterio o para que salga a la luz lo que dañaría reputaciones, movería al espanto.

Su segundo libro, *Río subterráneo*, se publicó en Joaquín Mortiz. Según Huberto Batis, en Era decidieron no publicarlo porque *La señal* no se había vendido como esperaban.

La vida de Inés Arredondo había dado un vuelco para entonces: después de mucha amargura, se separó de Tomás Segovia, vivió sola con sus hijos, tuvo una relación con Batis, se las arregló por sus propios medios. Era una de las pocas mujeres de la Generación del Medio Siglo, tuvo un trabajo en la *Revista Mexicana de Literatura*. Publicó ahí y fue antologada en compilaciones literarias. También tuvo malos ratos: crisis nerviosas, problemas psiquiátricos y del resto del cuerpo. En 1972 se casó con Carlos Ruiz, un médico que la ayudó a gestionar, tratar y minimizar sus padecimientos físicos y mentales. Los avisos de algo frágil, oscuro, ya estaban ahí cuando ingresó a la carrera. Muchos



de los cuentos de Arredondo tienen esos elementos. Los personajes encuentran en sí mismos vetas difíciles de aceptar o, por el contrario, son conscientes de cómo los miran los otros. Pueden ver el desprecio, el miedo, el rechazo que los demás sienten por ellos; tal vez debería decir "por ellas", en vista de que un buen porcentaje de la obra de la escritora sinaloense está narrada en primera persona, en una voz claramente femenina.

Entre la publicación del primer y el segundo libro de Arredondo, la serie de acontecimientos políticos y culturales que ocurrieron marcaría a la nación. En 1968 vino la masacre del 2 de octubre en Tlatelolco. Llegaron las Olimpiadas. Después llegó el Mundial de 1970 y, apenas un año más tarde, la matanza de Corpus, "El Halconazo". La vida universitaria —a la que Inés y su grupo más cercano de amigos estaban hondamente vinculados— se trastocó de forma radical. Apenas unos años antes había cerrado la *Revista Mexicana de Literatura*, una publicación que le dio espacio a ella y a un grupo muy notable de escritores, editores y creadores, entre los que estaban Tomás Segovia, Juan García Ponce, Juan Vicente Melo, Sergio Pitol, José Emilio Pacheco, José de la Colina, Salvador Elizondo, Jorge Ibarguengoitia... Ese medio sirvió a todos sus integrantes como un ancla, un espacio para dialogar entre sí y para conocer obra relevante alejada del nacionalismo que había imperado poco tiempo antes. Así que entre uno de sus libros y el segundo, Arredondo debió reconocerse otra.

Algo no cambiaba en ella, sin embargo. Sus intereses y obsesiones se mantuvieron firmes, aunque es obvio que los textos del segundo volumen fueron más trabajados por la autora. En varios de sus cuentos habla de los secretos familiares. La sunamita no es la única en sufrir en carne propia los abusos de un hombre mayor o de un pariente. Hermanos, tíos, primos, amigos cercanos a la familia viven siempre relaciones tensas. Lo normal es callar lo que ha ocurrido en el pasado.

Miguel Sabido narró este episodio de la vida de Arredondo con el poeta Tomás Segovia:

Una tarde llegué. Estaba la puerta abierta. Entré. Inés estaba sentada de espaldas a la ventana de [sic] un sofá mullido. Se tapaba la cara con las manos y todo su cuerpo temblaba. Yo me senté en otro sofá que estaba enfrente sin decir una palabra. Pita llegó y en silencio se sentó junto a Inés. Ninguno hablaba. De repente oímos bajar a alguien las escaleras de madera muy ligeramente.

Era Tomás, su marido. Un español sumamente guapo y muy encantador y muy inteligente. Y muy buen poeta. Traía un elegante traje gris y una corbata vistosa y bonita. En la puerta, entre impaciente y cariñoso, le dijo: "Bueno, Inés... ¿Qué quieres que te diga?".

Inés movió la cabeza sin separar las manos de la cara. "Nada".



Fuente: culturaluas.mx

Y Tomás salió sin despedirse. Ella levantó la cabeza y dijo fuerte: "Pues está bien: yo soy la loca, la intemperante, la de cara hinchada por las lágrimas. La fea".

Según Sabido, ese día Inés supo con quién la engañaba su marido. No era la primera vez. La frase final, en la que se dice a sí misma "la loca, la intemperante, la fea" encuentra una salida en sus textos. También la infidelidad de Segovia aparecería ahí, en su primer libro, en un cuento que, de nuevo según Sabido, Guadalupe Dueñas le pidió que escribiera (en lugar de separarse de su marido) y que se llama "Estar vivo".

"Estío", el primer cuento de *La señal*, es uno de los textos más logrados y debe haber causado revuelo no sólo en Culiacán, sino en el país conservador. El personaje central es una mujer que está cuidando a dos adolescentes, su hijo y un amigo suyo. La mujer siente en su cuerpo el paso de los años, sin que el deseo lo haya abandonado. Es el mismo deseo de su juventud. El erotismo del cuento es uno peligroso, borda un hilo fino de transgresiones inescapables. El cuerpo, para Arredondo, es lo mismo una cárcel, un suplicio o ese espacio sin nombre a través del cual ocurren cosas que es mejor no decir porque ya no hay vuelta atrás.

Está la belleza corporal de muchos personajes centrales a los que el resto anhela poseer; pero también está la enfermedad, la mutilación, la vejez y la fealdad. Se representa el paso de los años: la infancia, la adolescencia, la edad adulta. En cada una está lo prohibido y en cada una, la corporalidad. En "Río subterráneo", el cuento que le da nombre al segundo libro, la corporalidad está también en una casa, en el entorno, en sucesos que son muy físicos. Está en el cuerpo de dos de los

personajes, Sergio y Sofía, que son algo sin nombre al inicio del relato:

Ellos eran mis hermanos, pero yo aún no entendía. Eran más bien hermanos, muy hermanos, entre sí. No tenían ningún parecido físico, aparte del cuerpo delgado y la piel que parecía transparente en los párpados. Sin embargo, ellos sacaban el acuerdo de la diferencia aparente: el ritmo al que se movían; las manos; los profundos ojos extáticos...

Estos no hermanos comparten también misterios, lo que no se puede decir. La forma en que la protagonista, una niña, vive esto es también corporal, una suerte de inmersión en el delirio que se le adhiere a la piel.

Además de la experiencia personal, Inés Arredondo tenía libros a su disposición para paliar sus padecimientos. Era una lectora voraz. Huberto Batis lo cuenta así:

En una ocasión la metieron a un hospital psiquiátrico en Tlalpan, donde ahora está la Universidad Pontificia. Ahí la fui a visitar. No la encontré en su cuarto. Estaba leyendo en el anfiteatro al lado de un cadáver, tranquilamente. Le pregunté qué necesitaba y me dijo: Libros. Quiero que me traigas libros de Akutagawa y de Kobo Abe. Porque ya terminé con los franceses y alemanes.

Publicó, además de *La señal* y *Río subterráneo* (que fue ganador del Premio Villaurrutia de 1979), algunos cuentos aislados, su tesis de maestría (*Acercamiento a Jorge Cuesta*), *Opus 123* y *Los espejos*.

Sus libros son breves, concisos. Es notable que se haya apegado al cuento, que lo haya trabajado tanto y con tal decisión. Es notable que la niña que vivió en Eldorado, en una Culiacán tradicionalista, haya trascendido el espacio de lo familiar, escapando del abuso y el rechazo. Señala Batis, el hombre que la amó, la soñó, la editó y la acompañó: "Podría decirse que Inés es una escritora 'difícil'. Yo la encuentro diáfana". Es una autora insólita e insumisa cuyos textos aún tienen mucho que decir. ■

.....  
"EN VARIOS CUENTOS HABLA  
DE LOS SECRETOS FAMILIARES.  
LA SUNAMITA NO ES LA ÚNICA  
EN SUFRIR EN CARNE  
PROPIA LOS ABUSOS DE UN PARIENTE".  
.....

La nueva novela de Claudina Domingo, titulada *Dominio (Sexto Piso / UANL)*, está a punto de llegar a librerías. La franqueza con que aborda el deseo femenino modela una visión y potencia expresiva capaces de hechizar a sus lectores, como lo muestra el capítulo 15, que publicamos en estas páginas. Tocada "por lo sagrado, el fuego o el sueño" —según apunta Brenda Ríos—, aquí "el sexo es aprendizaje de sí misma": un relato "delirante, voraz, onírico, hiperrealista, con hambre de crecer y de expandirse como un helecho primitivo".

# "SILENCIOSO COMO LA HACHE"

CLAUDINA DOMINGO

@ClaudinaDomingo

Hache me habla por teléfono. Ya no me ha visto en la escuela. ¿Ya no voy a ir a las asambleas? No, tengo muchas cosas que hacer, respondo. Me dedico de tiempo completo a escribir un libro. Cuando se lo digo, casi me lo creo. Cuando se lo digo, me doy cuenta de que si fuera una verdadera escritora en lugar de andar bobeando anónadada frente a las fachadas de unos edificios rascuaches, estaría escribiendo un poemario que muestre el deslumbramiento de una ciudad que tiene una cara rascuache y, en el envés, algo de bella aparición. Me pregunta si quiero ir a su casa. Sé que mientras hablamos, ambos recordamos a los rastos burlándose de mí tras la puerta. ¿Me protege o le da vergüenza que lo vean conmigo en la huelga? No pregunto. A mí me gusta guardar mis motivos y emociones relativamente ocultos, al menos no me gusta que me pregunten a bote pronto, como si se hablara del clima, respecto de lo que hay en mi corazón, así que tiendo a pensar que a los demás les gusta proteger también cierta intimidad emocional. Le digo que sí y le pido su dirección. Aunque trato de mostrarme seca, comienzo a volverme líquida mientras me habla. No es que tenga una voz muy sensual, pero el recuerdo de su piel y de su verga me despierta del sueño de *visiones* urbanas en el que me adentré en parte para alejarme de él.

**ME ESPERA DE PIE** afuera de su casa, a unas diez cuerdas de la mía. Quién lo diría; muchas noches en las que dormí anhelándolo, él estaba a mil metros pensando en la chica gordibuena que le gusta o en los técnicos de Luz y Fuerza. Cuando me acerco comenta algo de los cables de luz y un transformador que mira atentamente. "Se va a tronar", dice como si lo estuviera impidiendo con la mirada. Luego agrega algo ininteligible, porque es de las personas que luchan con las palabras. Por eso habla poco, no más de lo necesario. Las personas que tienen dificultad de expresión saben mejor que los demás que el lenguaje no es

una oronda pradera sino un túnel relleno de minas antipersonales; un paso en falso y vuelas en pedazos.

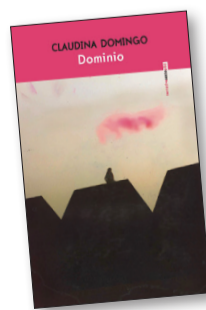
Hache baja en silencio delante de mí. En su predio sí hay escaleras. Me presenta a su madre y le dice que soy una amiga; haremos un trabajo escolar. El pretexto es más risible en cuanto que hay huelga desde hace medio año, pero su madre asiente con la cabeza sin replicar. Seguimos bajando escaleras. Sus aposentos y su cuarto oscuro están en el sótano del predio, un tercer sótano desde la calle. La humedad de los Pedregales (que siempre se ha cebado con mi rinitis) comienza a hacerme cosquillas en la nariz. Hache me explica esto así, con ardua sencillez: sus padres lo han dejado construir acá abajo, donde tiene también su laboratorio fotográfico. Y me doy cuenta de que trato con un hombre; de que, aunque Hache vaya como yo al mismo bachillerato montessorí, él lleva años trabajando y que, con sus ahorros, ha construido las dos habitaciones y el baño en los que puede hacer lo que quiera. Es probable que sus padres no le permitieran tan fácilmente meter hombres a una hija, pero también es cierto que si él no tuviera intereses y ambiciones no trabajaría o no ahorraría y ya no iría a la escuela. Su casa, su madre y su estudio huelen a la parquedad de quienes todavía están saliendo del cascarón de tabique sin repellar de la pobreza. Decir que Hache se ha tenido que esforzar es un eufemismo.

¿Y cuáles son sus obsesiones? Son conmovedoras y potentes al mismo tiempo. Le encantan los tatuajes y la fotografía. El primer cuarto oscuro que conozco no está en un estudio de la colonia Roma sino en su casa, en nuestros Pedregales. Está orgulloso de él. No lo dice (ya se sabe por qué), pero es evidente que ese pequeño cuarto oscuro donde revela sus fotos es su Shangri-La. De vuelta a su habitación, me desnudo rápidamente, aunque el frío (más bien la humedad, que es el frío perpetuo de nosotros, los del Pedregal) me pone los pies helados de inmediato. Desde que veníamos

"RODEO SU CUERPO Y ÉL SE RÍE BAJITO... 'YA ME HABÍA DADO CUENTA DE QUE TE GUSTA', DICE, MIENTRAS ME DEJA MIRAR EL ENORME SAN MIGUEL ARCÁNGEL QUE TIENE TATUADO EN LA ESPALDA".

bajando la escalera me emocionaba saber que al fin desaparecería el sexo de camioneros que nunca nos hizo justicia. Y ahora lo veo quitarse la playera. Rodeo su cuerpo y él se ríe muy bajito. "Ya me había dado cuenta de que te gusta", dice, mientras me deja mirar el enorme (y peculiar) San Miguel Arcángel que tiene tatuado en la espalda. En lugar de listón, el negativo de una película fotográfica se enrosca y se desenrolla por los hombros, el pecho y la cintura de San Miguel.

**SE ACUESTA EN LA CAMA.** Me acaricia la vulva mientras resuello sin atreverme a pedirle que me meta los dedos. No quiero manifestar el deseo loco que tengo por él, que es bajito y se pelea a muerte con las palabras cada vez que abre la boca. Pero supongo que es un truco inútil porque deja que mis brazos delgados hagan la mueca de vencer sus hombros fuertes. Me siento en él y mi cuerpo se olvida de su fragilidad y mis pulmones del asma infantil que me dejó sin poder correr cincuenta metros sin resollar. Quiero llorar y no sé por qué. Golpeo las puertas de mi interior contra su verga. Hache busca llevar mi rostro a su cara, pero yo quiero el orgasmo que hasta entonces sólo él puede darme, y evito su abrazo con mi mano derecha, cuya palma asiento en el pecho de Hache. En el momento en que pongo la mano ahí, sé que guardaré siempre el tacto exacto de su piel. Y quizá porque sé que voy rodando ya hacia la grieta de mi esternón con la verga de Hache clavada en mi vagina; quizá porque sé que tengo un corazón en algún lugar a medio camino entre mi boca y el coño, se me hacen agua los ojos. No quiero que me vea llorar,



así que, ya medio moquienta, le digo que ya me cansé. Desmonto y me pongo a cuatro patas. Sin ojos que me vigilen, lloro mientras lo recibo a cuatro patas. Mi cuerpo es un ojo también; un ojo al que se le permite mirar su reflejo con atención por primera vez. La verga dentro de mí, las manos en mi espalda y mi cadera, que me vencen y me electrifican, como al maniquí con epilepsia que somos en las novelas eróticas, me devuelven la imagen de la mujer en la que me gusta convertirme. Me vengo, me vengo y me vuelvo a venir y grito con la cara húmeda, porque al fin estoy en el manantial erótico que busqué con tanta desesperación.

No sé qué hacer después, cuando descansamos. Él se ha vuelto distante de nuevo y yo temo que cualquier muestra mía de ternura sea mal interpretada, es decir, cabalmente interpretada, así que me quedo en silencio, súbitamente mormada y con los ojos llorosos. El pasado de cueva de la casa de Hache despierta mi pasado. Mis padres ya han olvidado la edad exacta, pero yo calculo que a los siete años comencé con los fuertes accesos de rinitis y, luego, broncoespasmos; a los nueve fui a dar al hospital del Imán (frente a la Secundaria 139), una noche borrosísima en mi memoria. Mi madre dice que lo del hospital fue a los diez, mi padre que a los once. Yo estoy casi segura que fue en los días posteriores a mi cumpleaños número nueve, porque ese día todavía estaba muy feliz (hay una foto donde tengo una diadema que parece una tiara principesca). En fin, después de eso regalaron a mis hermosos gatos. Para mis doce años la alergia había decrecido a base de un spray que sabía asqueroso y de hismanal, unas tabletas que me hacían sentir fatigada y que dejé de tomar por mis pistolas cuando entré a la secundaria. Con todo, a veces tengo conatos de rinitis que transforman la voz de contralto en una voz moquienta. Y ahora, para bien y para mal, ese destino me alcanza, tumbada junto a Hache. Lo agradezco porque cuando pregunta qué tengo, puedo ocultar que estoy emocionada y respondo: "Alergia". Lo detesto porque en realidad respondo "Ahljmlergia". No es nada sexy, pienso mientras escucho mi voz. Y como mi voz es de las pocas cosas "que tengo", una de mis pocas cualidades, el que me abandone en este momento me parece un mal augurio. Hache está callado, pero así es su persona, yo tendría que ser el alma de la fiesta y, en cambio, estoy sintiéndome cada vez más mormada. Voy a empezar a estornudar y entonces esto será un infierno.

**CUANDO PIENSO EN ÉL**, tumbada en mi cama, no pienso: sólo soy una máquina eterna de recuerdos. Algo late dentro de mí. No es una metáfora. Si me pongo bocarriba siento un calamar latiendo entre mis piernas. Y si me pongo del lado del hígado, el cerebro me late como si me fuera a estallar. Y si me pongo del lado del corazón, escucho la bomba incansable. Por entonces escucho un CD de Mike Oldfield, los hits. Y me parece que Hache es "Moonlight Shadow". También sé que llegué al mundo que deseaba: el reino de la



“SI ME PONGO BOCARRIBA SIENTO UN CALAMAR LATIENDO ENTRE MIS PIERNAS... DEL LADO DEL HÍGADO, EL CEREBRO ME LATE COMO SI ME FUERA A ESTALLAR... DEL LADO DEL CORAZÓN, ESCUCHO LA BOMBA INCANSABLE”.

comunión erótica; el momento es como lo imaginé, como lo leí, como lo forjé en todas las noches de masturbación y de sueños locos. Pero la vía es terrible, y aunque no he cumplido los 17, ya siento la angustia de su nudo gordiano: Hache no está tan cerca de mí como yo de él. Yo podría absorberlo por todos mis poros y él me ve, amable y distraído, desde lejos. No es violento, no le interesa lastimarme, simplemente no está enamorado de mí. Me duermo deseando olvidarlo pronto. Pienso que es bueno que su nombre empiece con hache para que él pase por mi vida así: silencioso como la hache.

Pero me domina. Es improbable que él sepa que me domina cuando me habla la siguiente semana. Esta vez me pide que, antes de coger, me ponga un vestidito con agujeros redondos por todos lados. Le acaricio el rostro, beso sus labios antes de que me acueste y me abra como a una rana. Ahora él pone su palma en mi esternón y empuja dentro de mí con lentitud, pero aplicando todo el peso de su cuerpo. Somos dos gonzúas concentradas en un sitio que está en mi interior, pero rodeado de la materia gris y los nervios de nuestro cerebro. Cuando nos vemos en la mente del sexo, sólo somos él y yo. No hay otras mujeres ni otros hombres, aunque la mecánica del placer sea la misma. Me acuesto de lado, como vi en una ilustración del Kamasutra; trenzo mis piernas entre sus muslos y su cadera y lanzo un grito casi agónico cuando me penetra así. Él me pide silencio de inmediato: "Shhhhh". Finalmente, se supone que estamos haciendo la tarea y no formando el imaginario primordial de mis recuerdos eróticos. Me muerdo los labios y cierro los ojos.

**CUANDO LOS ABRO** ha pasado otra semana y de nuevo nos estamos desnudando el uno frente al otro. Me sonríe cuando acaricio su cuerpo con las

manos, admirando sus tatuajes cuando tengo los ojos abiertos y absorbiendo hasta la médula de mi memoria su piel y los bordes de las siluetas cuando los tengo cerrados. Porque, de alguna manera, sé que este tiempo será muy breve. Su distancia emocional me recuerda que no es mío. Cuando lo monto con vigor, mi cuerpo no sólo quiere exprimirle la verga sino cada gota de placer de la que dispongo en los minutos en los que él (casi) me pertenece. ¿Es esto el amor? Todo el sexo anterior a Hache me dejó indiferente y, sobre todo, insatisfecha. Pero con él todo es fácil y explosivo. ¿Es porque hacemos el amor? A mí me parece más una lucha carnífera por lograr que me vea. Cuando estoy a cuatro patas y le extiéndiendo las manos por debajo para que las tome y jale de ellas con fuerza, lo quiero obligar a mirarme, a verme allá dentro, y que se enamore de esa cara tubular y líquida que lo engulle y lo deglute una y otra y otra vez.

Pero conforme pasan las semanas, él me sigue recibiendo en la puerta de su casa, amable pero distante. Así que, mientras vivo esta historia con Hache (¿o a través de Hache sería más preciso decir?) me parece que ya se licua en la nada esto que sé que no puedo llamar "lo nuestro". Y como levantada por una ciudad de arena, me veo en un espejo de arena y espejulo, muy por lo bajo: "aunque esto no me convenga, es lo que tengo que hacer y es lo que tengo que vivir". Como todo es de arena, puedo decir que mis palabras también son de arena y que este trato que hago es invisible e intangible. ¡Que podrá eludirlo! En pocas palabras, que cazándolas, las emociones viviseccionadas no me pueden herir. Y me repito, de noche, una y otra vez, que puedo mantenerme serena frente a mis emociones para evitar los celos y la angustia que me produce sentir que cada semana él me posee más y yo lo pierdo otro poco. ■

Como las narradoras que anteceden esta edición, Ethel Krauze ha escrito y descrito el deseo a partir de varios abordajes: lo mismo en los cuentos de *El secreto de la infidelidad* (2000) que en los versos del explícito *Lo que su cuerpo me provoca* (2016) y, ahora, en el libro de relatos *El fragmento impertinente* (2021) y la novela *Samovar* (2023). En su pluma, el hambre por otra u otro es materia inquieta, siempre cambiante, que estalla sin aviso, se convierte en eje de las horas o desaparece sin dejar ningún indicio, según la lectura de Roberto Abad.

Ethel Krauze

## EL DESEO

# Y LA SOBREVIVENCIA

ROBERTO ABAD

@RobertoAbad

Una intuición recorre los cuentos de *El fragmento impertinente* (TypoTaller / Paraíso Perdido, 2021): el cuerpo es un mundo ignoto que vale la pena explorar, aun si lo que se encuentra en él surge de naturalezas inhóspitas; lo vale siempre y cuando exista la posibilidad del asombro placentero. Ethel Krauze, que ha buscado desentrañar el deseo a través del lenguaje, entrega una serie de relatos con este planteamiento.

Los veinte relatos que componen esta obra oscilan entre la tentación del riesgo y la sutileza de mirar la piel como si se mirara un prodigio: con embelesamiento. Sus personajes no buscan desatar un conflicto y solucionarlo, más bien se internan en la fuerza evocativa del desahogo amoroso. Entonces nace *lo erótico*; la imagen que alimenta el cuerpo. Las frutas son, por poner un ejemplo, símbolo y trampa, detonan en las protagonistas una memoria escondida: "Siempre quise morder un melocotón maduro entre las piernas de una mujer. Suavecito, con los labios, y empaparme en su pulpa jugosa" ("En carretera"). Además está: "La flor de Ada, la fruta de Ada, la granada rugiente de Ada entre las piernas" ("Desear a Ada").

El juego del deseo, avivado por lo sensorial, se vuelve una constante en las mujeres de las historias de Ethel, quienes experimentan una versión desconocida de sí. En el telón de fondo se aprecian otros elementos que generan contrapeso: un esposo, una amiga o un simple interlocutor que atestigua y a veces participa en esta transformación. Así, el deseo irrumpe de golpe, como un rayo que parte un árbol, para hacerlas escapar de la monotonía hacia nuevas formas de amor, aunque esto modifique en parte sus convicciones: "Había llegado el tiempo de mi vida en que sólo tenía ojos para lo que no andaba bien, lo que no sirve, lo sucio o lo faltante" (p. 27). De pronto llega el descubrimiento: existe un camino distinto al que se han planteado esas parejas cuya vida reposa en aguas tranquilas.

"SUS PERSONAJES MÁS BIEN SE INTERNAN EN LA FUERZA EVOCATIVA DEL DESAHOGO AMOROSO. ENTONCES NACE LO ERÓTICO; LA IMAGEN QUE ALIMENTA EL CUERPO".

Pero, al verse tocadas por algo desconocido, la revelación desata una extrañeza en esas protagonistas: "Nunca fui así. Ninguna mujer había tocado este furtivo espacio en que me ahogo en mi propio laberinto de agua. No lo esperé. No lo invoqué. Pero no me extraña. No me avergüenza. Me deslumbra. ¡Oh, cegada yo, mirando al fin la eternidad!" (p. 32). Y es bajo ese desconcierto que miran de frente las posibilidades del cuerpo: ésa es la poética de Krauze.

EN *SAMOVAR* (Alfaguara, 2023), su más reciente novela, la mirada de la escritora se detiene en el umbral de la memoria. A través de Tatiana —fotógrafa, nieta y fina escucha—, conocemos la vida de tres mujeres mayores, que representan pilares de valentía: la *bobe* Anna, la *tutta* Lena y Modesta. A pesar de que es Tatiana quien nos conduce, su voz se vuelve secundaria para dar peso y relevancia a la vida de las tres ancianas, mujeres de otra época (dos de ellas, de otro país: Rusia) que, sin embargo, espejean con nuestro siglo y con la historia de Krauze.

"Todo eso que viví junto a mi abuela está representado en el *Samovar*, aquella tetera que se usa en los hogares rusos como un artefacto indispensable, porque es como la estufa: mantiene el calor, literalmente", dice la escritora en una entrevista, y confiesa que le llevó cuarenta años escribir la novela, desde la primera hasta la última palabra.

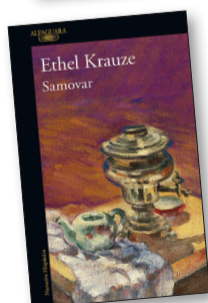
El *samovar*, ese objeto de metal de arquitectura mágica y que sirve para preparar té, es el anclaje de Tatiana (y de los lectores) para acudir a su lugar

seguro: es el motivo de un punto de encuentro cada semana en la Ciudad de México, en el cual predomina el diálogo entre generaciones. Aun con la diferencia de edades, las mujeres se ven identificadas por contextos vulnerables, guerras y migraciones, o por la necesidad de moverse para sobrevivir. De tal modo que el *samovar* oxidado y en apariencia insignificante se convierte en un emblema de empatía y, a la vez, en un ritual para saber sus historias, las de una época que comienza a finales del XIX, cruza el XX y llega hasta la pandemia.

"Creo que tuve que madurar como mujer y como escritora para finalmente encontrar esta magia que ocurre cuando el lenguaje, el tono, la estructura, la historia y los personajes embotan totalmente y se crea una especie de danza literaria, y finalmente logras la novela", dijo Ethel Krauze en entrevista con Vicente Gutiérrez.

En *Samovar* destacan los momentos en que el aforismo abre grietas de luz: "A veces, el corazón es un arco japonés que se ha perfeccionado tanto, tanto, con los años, que nunca da en el blanco. O ya no necesita lanzar esa flecha; o cuando la lanza, el blanco ya se ha desvanecido entre la bruma, entre la lluvia, las lágrimas...".

Ethel Krauze (México, 1954) pone al centro de su literatura las voces de las mujeres y busca que con sus acciones reivindiquen la percepción de su realidad, que encuentren una manera de ser otras y redescubrirse a través de historias ajenas y propias. Esto no sólo identifica su obra, que atraviesa desde la minificción y la memoria hasta la poesía y el ensayo, sino también es eje de su trayectoria como docente, tallerista y divulgadora de la escritura hecha por autoras. Durante varios años se ha lanzado a la tarea de concretar una metodología que despunte las letras de escritoras en el estado de Morelos. La Coordinación Nacional de Literatura reconoció su obra literaria y académica con un homenaje el pasado domingo 16 de abril, en el Palacio de Bellas Artes. ■





Los conciertos masivos de la actualidad —con audiencias que se miden por miles, toneladas de equipo, decibeles a tope, escenografías, pantallas, efectos especiales— no han cancelado, por fortuna, la vieja alternativa de los foros pequeños o medianos, donde la experiencia musical puede ser distinta —y más gratificante. Así sucedió con la reciente visita del grupo australiano de raigambre punk, Amyl and the Sniffers, al prodigar una sesión memorable en la Ciudad de México.

# LA INTERIORIDAD COMO MOTIVO PUNK

RICARDO GUZMÁN WOLFFER

**A**myl and the Sniffers es una banda australiana de punk-rock, con *riffs* de guitarra que recuerdan a Ritchie Blackmore. Lo integran la cantante Amy Taylor, el baterista Bryce Wilson, el guitarrista Dec Martens y el bajista Gus Romer. Grupo premiado, resultaba tentador escucharlos en vivo en el Indie Rocks! (sobre la calle de Zacatecas, en la Roma), lo cual tuvo lugar a finales del mes de enero.

El Indie Rocks! es una alternativa conceptual necesaria frente a los conciertos masivos: logra un contacto personalizado entre cada espectador y los músicos. Shows multimillonarios como los de Rammstein, donde se queman miles de litros de combustible en unas horas, bajo toneladas de bocinas transportadas en varios aviones, son impensables en este tipo de foros. La cercanía con músicos como la joven y fresca Amy resulta invaluable. En el Indie cualquier espectador pudo verla bailar con un dejo del Ian Curtis de Joy Division o hacer pasos entre texano y punk, danzar cual porrista de tabla gimnástica o encogerse en el escenario como Iggy Pop. En los enormes foros apenas serían suficientes las enormes pantallas para percibir el mismo ángulo del escenario. Mucho más con el baile escénico de Amy, que toca todos los espacios de la bien aprovechada instalación.

Sin pantallas, sin fuegos grandes o chicos, sin confeti, sin enormes pelotas para el público participativo ni atuendos estrafalarios ni luces que hicieran juegos en el aire; sin nada más que unas poderosas e hipnotizantes canciones, el público aulló todas las letras, para sorpresa de los australianos.

**EL PUNK SIGUE TAN FRESCO** como hace décadas. O eso parece. La alegría de Amyl era reflejo de los otros integrantes del grupo, quienes no dejaban de ver al exaltado público en su semicontinuo y eufórico *slam* en casi toda la parte de abajo del auditorio. Claro, el asunto provocó que varios danzantes golpeados salieran volando, impulsados por el resto de los espectadores; algunos fueron arrojados al foso bajo

“SIN PANTALLAS, SIN FUEGOS, SIN NADA MÁS QUE UNAS PODEROSAS CANCIONES, EL PÚBLICO AULLÓ TODAS LAS LETRAS, PARA SORPRESA DE LOS AUSTRALIANOS”.

el escenario. La danza frenética, que no es exclusiva del punk, unió a toda la audiencia.

Parte del éxito de esta banda es el contenido de sus letras: a diferencia de grupos cuyos éxitos tienen que ver con el ataque y la burla a la oligarquía, como los Sex Pistols que bromeaban sobre la reina, los ingresos del turismo y la desigualdad social (como The Clash), Amyl canta a la interioridad de las personas. La vocalista dedica canciones a su propia aceptación de no ser una chica tan ruda como se ve y que, en realidad, sólo quiere caminar en el parque, ir al campo, estar tranquila. Ella no quiere problemas.

En la mayoría de sus temas apenas se menciona alguna cuestión social. Es música que apuesta al autoconocimiento: saber lo que uno quiere. Aunque el nombre Amyl se basa en el apelativo cotidiano en Australia para nombrar los *poppers* (envases de plástico que contienen drogas inhalables), que son “inhalados” o “esnifados” (*the sniffers*) por la nariz, apenas hay alusiones al uso de tales narcóticos o al consumo de licores o cervezas.

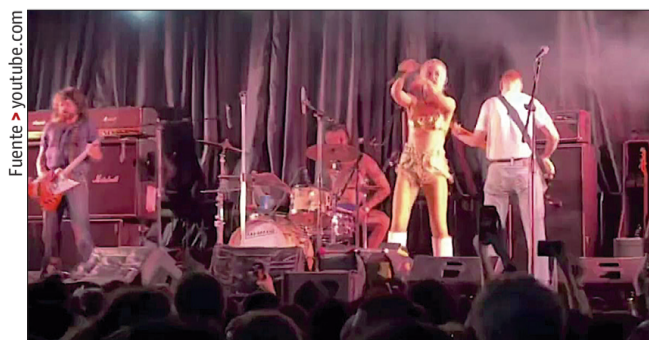
**SI OTROS GRUPOS APUESTAN** a la crítica de una sociedad desigual, Amyl mira un

mundo con personas felices y autoreconocidas. En el postmodernismo contemporáneo, la mirada individual es más importante que la colectiva y, así, el sistema social apenas interesa a estos usuarios del punk. En una sociedad basada en los adelantos tecnológicos, donde los consumidores apenas comprenden los mecanismos que sustentan su bienestar, el regreso a la felicidad como bien exigible dentro del derecho humano al desarrollo de la personalidad explica la enorme aceptación que la cantante tiene entre públicos de muchos países.

Ni siquiera podría decirse que se trata de un tema generacional, pues buena parte del público en el concierto capitalino tenía unos cincuenta años o más, y la mayoría debió estar entre los treinta y cincuenta.

El público quedó encantado con la cantante y con su voluntaria diferenciación en el vestuario con los desordenados integrantes de la banda. Mientras ella lucía un short dorado con lentejuelas y un top a juego, más unas largas botas blancas para resaltar su delgado cuerpo, el baterista tocaba con la fuerza y la apariencia de Henry Rollins; el barbado guitarrista parecía sacado de la agrupación original de Creedence Clearwater Revival, aunque su eficacia en el requinto lo hacía contemporáneo. Y para mostrar que la banda solamente quería divertirse, el bajista retaba al público a decir su nombre, dando por hecho que nadie lo sabía. Hubo quien esperó alguna frase en español, para evidenciar que la banda se había tomado el cuidado de aprender alguna frase local, pero eso no sería divertido ni espontáneo, diría la cantante que sacaba la lengua para hacer sus bailes, mitad para evidenciar lo lúdico de su canto, mitad para lograr una imagen casi infantil que llevaba al público a saltar con vehemencia.

Con una trayectoria meteórica ascendente, estos australianos llevaron a los espectadores del Indie Rocks! a emular al personaje de Enrique V de la obra homónima de William Shakespeare, con aquel monólogo famoso: “No importa lo viles que sean, este día los ennoblecerá”. ■



Fuente > youtube.com

## AL MARGEN

Por  
**VEKA  
DUNCAN**  
@VekaDuncan

## LOS LIBROS ILUMINADOS DE WILLIAM BLAKE

“ERA UN  
VISIONARIO  
—DE FORMA  
LITERAL. DESDE  
LOS CUATRO  
AÑOS DECÍA HABER  
EXPERIMENTADO  
LA PRESENCIA  
DE DIOS”.

William Blake es por mucho el mejor artista que el Reino Unido ha producido”, escribió alguna vez Jonathan Jones, crítico de arte del periódico *The Guardian*. Personaje de ideas controvertidas para su tiempo, el reconocimiento no le llegó en vida; sin embargo, hoy se le concede un lugar central en la producción artística universal y su influencia se expande más allá de los confines de la isla británica. Ésta se encuentra, sobre todo, en el ámbito de la gráfica y en especial de la que acompaña a la letra impresa, pues se le considera precursor de los *libros de artista*. Por ello, antes de que termine el mes del libro, vale la pena sumergirnos en el fantástico mundo de William Blake.

**ERA UN VISIONARIO** —de forma bastante literal. Desde los cuatro años decía haber experimentado la presencia de Dios en su ventana y con el tiempo serían los ángeles quienes se le aparecerían. Las visiones se convirtieron así en un elemento fundamental para su producción y las figuras del mundo espiritual comenzaron a poblar su muy vasto universo creativo.

Nacido en el Londres de la Ilustración, en 1757, sobra decir que su pensamiento, más cercano al espiritismo que al racionalismo, fue muy polémico. Para Blake, entender la realidad sólo desde el conocimiento empírico era un sinsentido; la imaginación era para él lo más importante que tenía la humanidad, un vehículo para liberar su potencial. Por lo tanto, desde su perspectiva, la racionalidad predicada por pensadores de la Ilustración no era más que una camisa de fuerza para la existencia humana, una forma de imponerle límites. Así, mística y creación son conceptos que se entretrejen intrincadamente en su obra.

Sus ideas espirituales en torno a la producción artística lo han ubicado en la categoría de los románticos, pero lo cierto es que el trabajo de Blake es difícil de encasillar. Si bien comparte ciertos rasgos con el romanticismo de su época, sobre todo una suerte de rebeldía frente al *statu quo*, fue un personaje que más bien habitó en los márgenes. Sus estudios en la Academia Real de Arte, por ejemplo, fueron truncados por decisión propia ante la rígida educación que promulgaba los valores estéticos del neoclasicismo.

Cansado de copiar las obras y el estilo del pasado grecorromano se volvió a refugiarse en el grabado, oficio en el que había comenzado a formarse como aprendiz en un taller, desde muy joven. A través de los impresos se había encontrado con la obra de Dürero, Rafael y los artistas anónimos del gótico medieval, referencias que marcarían sus intereses plásticos; para el academicismo de su época, esos artistas no sólo eran anticuados, sino que se vinculaban con un oscurantismo contrario al pensamiento ilustrado y el cual éste buscaba erradicar. Desde luego, esto lo hacía más atractivo para Blake, que encontraba más inspiración en la magia que en la razón.

Los márgenes estéticos en los que se ubicaba su obra lo convirtieron en un forastero del mundo del arte de fines del siglo XVIII e inicios del XIX; estuvo continuamente sometido a duras críticas, por lo que pocas veces fue valorado entre el gremio de los marchantes y los mecenas.

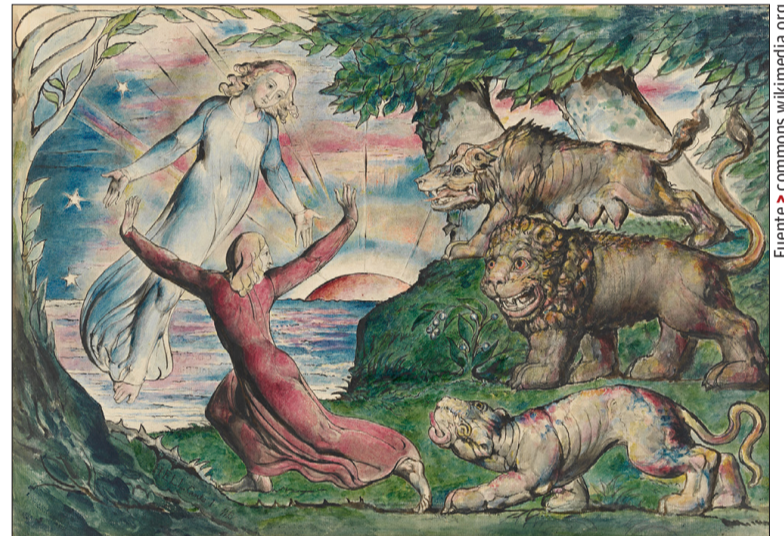
No vendió mucho y la única exposición individual que tuvo en 1809 no únicamente fue autogestionada —la montó en la mercería de su hermano—, sino que tuvo nulo éxito comercial. Era, pues, el epítome del artista incomprendido, tachado como un loco por sus

contemporáneos debido a su pensamiento radical —bueno, las visiones de ángeles que le hablaban desde los árboles tampoco ayudaban a aminorar esa fama.

Sus peculiares intereses y reflexiones religiosas lo llevaron también por el camino del escándalo e incluso lo convirtieron en un personaje incómodo. A menudo malinterpretado como un proclamador de la herejía, lo cierto es que Blake nunca renegó de la fe cristiana; al contrario, la idea de Dios era central a su pensamiento, aunque es innegable que su interpretación era asimismo poco ortodoxa.

Es a través del cristianismo que Blake se convirtió en un opositor a la esclavitud, por ejemplo, y también fue uno de los precursores de lo que después se llamó *amor libre* e incluso de lo que hoy conocemos como *poliamor*.

**LAS IDEAS DE BLAKE** circularon en su tiempo a través de la escritura, una parte fundamental de su práctica artística, pues también fue un poeta prolífico. Es precisamente esta doble vocación creativa, por las artes



William Blake, *Dante huyendo de las tres bestias*, tinta, acuarela y lápiz, 1824-1827.

plásticas y la poesía, la que nos lleva a su legado en el ámbito de los libros. De hecho, no existían dos caras de su obra, sino que él las concebía como una sola práctica. Esta idea le obsesionó al grado de buscar la manera de producir piezas en las que texto e imagen pudieran ser una y la misma; es así como nacen los *libros iluminados*. Jugando con el doble sentido de la palabra, de la iluminación espiritual e intelectual y la de la ilustración gráfica, Blake desarrolló una técnica conocida como *grabado en relieve* para integrar su poesía a su obra visual, sin distinción entre una y otra. Esto también le permitiría autopublicarse, una preocupación constante ya que el poco éxito que gozó fue como ilustrador de libros de otros —destaca su trabajo para *La tumba*, de Robert Blair, en 1808—, pero éste se vio manchado por la difícil relación que mantuvo con los editores, de quienes temía que le robaran sus ideas. Los *libros iluminados* sentaron las bases para generaciones de artistas que a partir del siglo XIX y con mayor fuerza en el XX experimentaron con el libro como soporte para el arte visual.

Además de desarrollar su propia producción editorial, Blake continuó ilustrando títulos de otros autores, legándonos una de las mejores reinterpretaciones visuales de un clásico de la literatura universal: *La divina comedia*.

Gracias al apoyo de un mecenas que llegó un poco tarde a su vida, en 1824, el artista al fin pudo dedicarse de lleno a crear su propia visión de los versos de Dante; realizó un centenar de ilustraciones de una riqueza visual incomparable. Su muerte, en 1827, dejó la obra inconclusa, pero a pesar de ello pudo legar una impronta indeleble en la ilustración editorial. ■

**LIGIA URROZ ES UNA NICARAGÜENSE** trasplantada en suelo mexicano, melómana incurable, adicta al tinto, madre dedicada, guitarrista sexy y, por si fuera poco, también es novelista. ¿Acaso se puede ser más cool?

En *Somoza* (Planeta, 2021) escarba en sí misma para ofrecer el testimonio de la guerra que le tocó atestiguar a los once años. Cuatro décadas más tarde, Ligia relata su proximidad con el dictador nicaragüense, Anastasio Somoza Debayle. Para encajarlo, como una mariposa disecada dentro de una vitrina, en una novela que es un ajuste de cuentas con su pasado, una vuelta a sus orígenes y un ejercicio de autoficción.

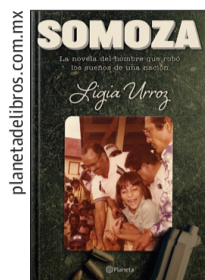
Cuando conocí a Ligia ignoraba todo sobre su forzado exilio. Y nada en ella delataba los horrores que le había tocado sufrir. Al leer estas páginas uno se asombra de la capacidad para afrontar su destino sin victimizarse. Porque si bien ella fue el daño colateral de una guerra, también fue un testigo privilegiado que convivió de manera cotidiana con Somoza. Sin esa relación no existiría esta novela y, lo más importante, como lectores no tendríamos acceso a esa otra cara del dictador que se muestra a través de la narración.

En la portada aparece la autora de pequeña, junto al tirano. Y en su interior, además de contar su apego por él, entabla un diálogo con el fantasma del dictador. Con quien por una casualidad su familia mantuvo un vínculo estrecho.

**LA NOVELA ARRANCA** con la muerte del dictador en Paraguay. A partir de ahí, Ligia empieza a desgranar sus recuerdos. Las tardes que pasó con Somoza, junto a su familia, viendo cine, en caminatas, o como espectadora en primera línea de sus actividades proselitistas. Pero ellos no son los únicos protagonistas. Lo es también toda Nicaragua. Y los sandinistas. El golpe que sufrió el país a finales de los años setenta fue inmisericorde. Además de la guerra, Managua fue sacudida por un terremoto.

Mientras leía la historia venían a mí recuerdos de la guerra contra el narco en mi ciudad. Sé lo que se siente tirarse al piso al escuchar disparos, como le ocurrió a Ligia en su casa de Managua. Y también lo que es identificarse con el asesino, como le sucede al sentir empatía por el sandinista ultimado en la puerta de su casa, y al que entre los vecinos deciden quemar para evitar que se vuelva un foco de infección.

De la noche a la mañana, Ligia y los suyos se ven atrapados en medio de un conflicto bélico (y político, en el



“AL LEER ESTAS PÁGINAS

UNO SE ASOMBRA DE LA

CAPACIDAD PARA AFRONTAR

SU DESTINO SIN VICTIMIZARSE”.

caso de su familia). Y si bien todos los ciudadanos corren peligro al encontrarse en medio de una guerra, para su familia era un asunto de vida o muerte que nadie se enterara de su relación con Somoza. Y en su libro se describe la agonía que supuso atravesar por esos momentos. Más aún a esa edad. Lo más insólito es que al platicar con ella no reconoce uno esa agonía en su rostro. Y no es porque se empeñe en ocultarla. Que haya escrito esta novela es prueba de lo contrario. Pero sólo quien ha vivido una guerra a flor de piel tiene las armas para gozar de la vida al máximo.

**VAMOS, QUE LO ÚLTIMO** que uno piensa cuando la ve tocar la guitarra con su banda de rock es que intentó huir de su país por vía aérea. Que le negaron la salida a su abuelo y tuvieron que volver a su casa con la ciudad en llamas. Que en un segundo intento sí consiguió abandonar Nicaragua e instalarse en México. Una medida que era temporal pero se convirtió en definitiva. Y que sólo volvió a su patria tres décadas después de la guerra para encontrarla como antes, sumida en el conflicto. Qué bueno que Ligia se quedó en México, y la tenemos ahora entre nosotros como autora y amiga.

Y ha enriquecido nuestras letras con ese personaje que daba miedo a la resistencia pero que para ella fue como un tío cariñoso y también un hombre doblegado por su amante Dinorah.

“Los acontecimientos que marcan la vida pueden ser tan sencillos como un radio transmisor: una voz que da las malas noticias y, entre una y otra desventura, deja salir alguna canción que se recuerda para siempre, no como una melodía, sino como un preámbulo de la muerte...”

“Hasta hoy, a mis cincuenta años, mi fobia al escuchar noticias en la radio no ha sido superada. Nada más oír la voz del noticiero me da un vuelco el corazón”.

Imagínense lo duro que deber ser lo anterior para una persona que ama la música. 📺

## EL CORRIDO DEL ETERNO RETORNO

Por  
**CARLOS VELÁZQUEZ**

@Charfornication

## LIGIA URROZ

### LA CANCIÓN # 6

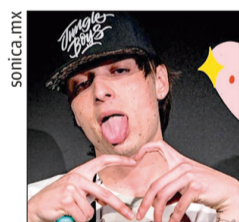
Por  
**ROGELIO GARZA**

@rogeliogarzap

**EL FENÓMENO MUSICAL** de la semana pasada fue Peso Pluma, el cantante tapatío de corrido tumbado o belicón, que se colocó en el número uno del Top Global de Spotify con la canción “Ella baila sola”. A los veintitrés años, con cuatro álbumes y una veintena de sencillos, Peso Pluma es el primer mexicano en llegar a esa posición y en el ascenso destronar a Miley Cyrus y a Bad Bunny, con casi siete millones de reproducciones en la lista de popularidad mundial. También tiene el tercer lugar con “La Bebe” y cinco sencillos en el Hot 100 de Billboard. Su fusión narca de corrido y trap urbano le puede zafar la cadena a algunos desde el sonsonete, pero no a sus más de treintatré millones de escuchas al mes.

Música local que asciende a la cima del entretenimiento global como una ráfaga de balas. En gustos se rompen géneros y en México se parten madres. Nuestro gusto musical es un misterio que el INEGI midió en su célebre estadística de 2021. En porcentajes, lo más escuchado en el país fue la banda / norteña / grupera / sierrña (Mujeres: 22.23, Hombres: 24.42), las baladas románticas (M: 20.48, H: 14.38), los ritmos tropicales (M: 14.46, H: 11.03) y la regional mexicana, en la que se anota Peso Pluma (M: 8.55, H: 12.56). Al presentar su compañía, Double P Records, la llamó “internacional mexicana”.

Aquí nuestro gusto da un salto radical hacia el otro extremo del cuadrante: música clásica (M: 7.56, H: 7.17), seguida por el pop (M: 10, H: 4.08). El rock se encuentra



“EL CANTANTE DE CORRIDO

TUMBADO SE COLOCÓ

EN EL NÚMERO UNO GLOBAL DE

SPOTIFY CON ‘ELLA BAILA SOLA’”.

justo a la mitad (M: 3.69, H: 8.71), encima de la “música versátil” (M: 5.46, H: 3.67) y el reguetón (M: 3.86, H: 2.83). Comprobada la falsedad de aseverar que el reguetón mató al rock. Le siguen el hip-hop (M: 1.08, H: 4.74), la música electrónica para bailar (M: 1.41, H: 3.14) y el blues / jazz (M: 0.86, H: 1.62). Finalmente, el género menos escuchado en México es el heavy metal (M: 0.37, H: 1.67). Nuestro gusto musical dice mucho del país.

En febrero se canceló a un grupo de black metal por satánicos y nazis, luego leo el porcentaje de metaleros en México y dan ternura. Los panditas son la minoría de esa minoría, apenas unos miles. Entonces escucho el corrido *bélico* de Peso Pluma, su coto rural de narquillo urbano tiktokero, y se me enfría la moronga al pensar que una mayoría de compatriotas aspiran a vivir la vida narca o disfrutan sus gustos matones, que ascendieron al *taste* internacional gracias a Peso Pluma, sus patrocinadores, TikTok y Spotify. Ahora es como la *sinssemilla* y el fentanilo sinaloense: pura calidad de exportación. 📺

## GUSTOS MATONES

## FETICHES ORDINARIOS

Por  
**LUIGI  
AMARA**  
@leptoerizo

## LAS CHUCHERÍAS: EL ESTRIDENTE ENCANTO

La irresistible y bajísima pasión que ejercen las baratijas. El guiño fácil que nos lanzan desde su precio de bicoca, esa burda seducción del celofán que las envuelve y hace que nos apresuremos a comprarlas como tesoros efímeros y al mismo tiempo imperiosos, *souvenir* de una tarde afortunada así sea porque tuvimos la ocasión de encontrar esa ganga, que antes de que se oculte el sol ya se habrá transformado en un estorbo.

Preguntamos por aquel artículo que probablemente nunca habremos de usar, que no ostenta la pátina de ninguna autenticidad, y he aquí que, cuando el comerciante anuncia su precio irrisorio, lo que nuestros oídos escuchan es el sortilegio de la ocasión única. Tal vez ese objeto producido en serie, de colores chillones, a punto de precipitarse en lo horripilante, no produzca la avidez malsana de una antigüedad o la ensoñación de una piedra preciosa; pero hay algo en él, algo indefinible que quizá tenga que ver con las rebabas de sus acabados deficientes, con la estridencia de su tosquedad, que aguijonea nuestro afán de posesión como un alfiler impertinente, derrumbando en un instante todo lo que hubiéramos podido edificar a lo largo de nuestra vida en beneficio del buen gusto.

La nota característica de estos productos tan distintos entre sí es su manifiesta equivalencia. Con un par de monedas se pueden adquirir linternas, pisapapeles de cerámica, lupas, ceniceros con forma de coliseo romano, cortaúñas con insignia, bisutería, plumas con muchachas que se desnudan al girarlas, lentes de falso carey, espejos de mano, delineadores, llaveros con figuras flotantes, estampas de la virgen que guiñan un ojo, moños de fantasía, cápsulas de resina con tormentas de nieve, encendedores que parecen granadas de mano, bromas, muñequitas insinuantes, manitas rascadoras para la espalda... Cada cosa es cualquier cosa es cualquier cosa amontonada en las cordilleras inagotables de lo *kitsch*, y de no ser porque la fealdad modelada en tres dimensiones es un atributo que no suele pasar inadvertido, se diría que cada una alardea de su poquedad, de su absoluta insignificancia. Hasta donde se sabe, la única utilidad comprobada de estos artículos pintorescos es completar la metamorfosis del dinero en una entidad menos abstracta, en un esperpento que abulta nuestros bolsillos o decora la mesita de centro con su peso leve tan próximo a lo insustancial, pero, ¡ay!, no a lo invisible.

**SON EL REVERSO DEL LUJO** o su complemento vergonzante. Al ingresar a uno de esos santuarios del plástico en el que todos los artículos se venden a un mismo precio, el consumidor ha renunciado a la belleza y el refinamiento; el problema es que, por una lógica macabra que opera a un nivel más primario que las leyes de la oferta y la demanda, se ve imposibilitado de abandonar el lugar con las manos vacías. Ni siquiera en medio de la pobreza más angustiante se puede renunciar a esos objetos de poca monta que resultan tan necesarios para el equilibrio del ánimo. En caso de que el consumo ostensible no esté al alcance de nuestras posibilidades —aquel desplante de *connaissanceur* que se traduce en vicios rebuscados y derroche—, queda el salvoconducto de la ostentación del consumo: hacer alarde de que compramos, no importa si baratijas. El dinero, en especial cuando nos hace falta, quema las manos, y hay que deshacerse de él a cambio de fruslerías y objetos fuera de temporada. Como escribe Thorstein Veblen en *Teoría de la clase ociosa*, “se soportan muchas miserias e incomodidades antes de abandonar la última bagatela o la última apariencia de decoro pecuniario”.

**A DIFERENCIA DE LA MAYORÍA** de las obras de arte y de los objetos suntuarios, que brillan con la luz prestada de nuestro deseo en el firmamento de lo inaccesible, la chuchería ofrece un consuelo inmediato a las



Fuente &gt; retrobank.co.jp

mandíbulas de la ansiedad capitalista. Con tal de que la transacción nos regale la música monótona y relajante de la caja registradora, se ofrece como un remanso y una interrupción al péndulo fatal que va de la insatisfacción al hartazgo. Al fin y al cabo un equivalente del chicle dentro de la economía, no tarda en perder su sabor y volverse dura e insípida, y entonces plantea la dificultad de cómo deshacernos de ella, pues no siempre califica como basura instantánea. La bagatela es desechable no porque después de comprarla la tiremos al cesto, sino porque después de resplandecer con su brillo de abalorio termina en el cajón de las cosas inservibles y de valor incierto, en ese cajón que más bien se asemeja al purgatorio de los recuerdos. ¿Hay algo más triste que descubrir que el *souvenir* que trajimos de aquella playa inolvidable del Caribe sea *Made in China*? ¿Hay algo más inconsecuente que abarrotar la casa —y la propia cabeza— con recuerdos importados?

En la baratija, como en una perversión del deseo, la oportunidad precede a la necesidad y la rebasa. Lo que uno compra no es un artículo, sino la *idea* del precio ínfimo. Qué importa si esta lámpara con pelos danzantes ofende las pupilas como una nueva Gorgona, qué importa si aquel masajeador de espalda viola todas las reglas de la ergonomía, “¡estaban baratísimos!”. Se interpusieron en nuestro camino con la fuerza turbadora del hallazgo y el tintineo del remate. Ya veremos después dónde los acomodamos. Cumplieron el cometido de encandilarnos y eso basta. No sabíamos qué hacer con el tiempo muerto, no sabíamos dónde meternos a nosotros mismos, y entonces apaciguamos la zozobra con el tótem del \$19.90. Gracias a la transacción, al ritual del cambio de dueño, la actividad salvadora de salir de compras no se confunde con un paseo miserable del que volvemos en blanco.

Ningún artículo de “todo por un dólar” puede estar a la altura de nuestro anhelo, pero nos distrae y nos maleduca. Si también habremos de hartarnos del jarrón de Ming y de la cristalería de Murano, si también esos objetos algún día nos mirarán a los ojos para restregarnos en la cara el horror de las horas muertas, qué alivio que en su momento no tuviéramos más remedio que optar por la vasta gama del plástico. En el afán inútil de colmar con objetos la sensación de vacío, de suavizar la decepción que el propio sistema de consumo nos inyecta, atamos a nuestro caparazón estorbos y pesos muertos, que sólo muestran su perfil de pesadilla durante el juicio final de las mudanzas, como un recordatorio implacable de que ese amasijo de chácharas y chucherías es sólo la ocasión de un tropiezo.

Un precepto de origen vagamente budista indica que no hay que acumular más objetos de los que podríamos llevar a cuestas y cargar con nuestros músculos. Al menos el lastre de las baratijas es liviano y puede arrojarse por la ventana. ■

“EL DINERO,  
EN ESPECIAL  
CUANDO NOS  
HACE FALTA,  
QUEMA LAS  
MANOS, Y HAY QUE  
DESHACERSE DE  
ÉL A CAMBIO  
DE FRUSLERÍAS”.